presentado su última demanda sobre la Casa Roja, de suerte que el asunto iba desapareciendo ya de la memoria del público.

Tan cierto parecía que su padre había sido robado y asesinado, que Lucy convino con el señor Trenfil en la inutilidad de ulteriores pesquisas. Admiróse, sí, de que Jorge Manders hubiese averiguado lo que no habían podido descubrir los agentes de la policía secreta; y á veces se preguntaba si el verdadero motivo que él tuvo para ocultarle la verdad no habría sido sencillamente el deseo de ahorrarle nuevos sufrimientos, guiado por un mal entendido cariño.

En aquellos días de aflicción el señor Trenfil presentó á la joven á su esposa, que sintió viva simpatía por Lucy y no tardaron en ser amigas. El resultado fué que Lucy dejó la casa de huéspedes y fué á vivir á la deliciosa residencia de los señores de Trenfil, en Tuquenán, lugar de los alrededores de Londres, hasta que se arreglasen sus asuntos.

La joven se resignó por fin á considerar como un misterio la muerte de su padre, mientras durase la ausencia de Manders; y se convenció también de que su muerte se debía á un robo vulgar y asesinato, por más que faltasen los detalles. Entonces su juventud y sus deseos de gloria artística predominaron. Herr Kaulitz, amigo á la vez que maestro, disparataba en inglés y alemán sobre los grandes triunfos que el porvenir ofrecía á su discípula; y aunque haciendo un verdadero sacrificio por su parte, aplaudió calurosamente la resolución de aquélla de ir á estudiar el canto á Milán durante tres años, bajo la dirección del maestro Lamperti.

—¡Y entonces, decía Herr Kaulitz cogiéndose á puñados sus largos cabellos, entonces verán ustedes cómo esta adorable joven se conquistará los aplausos y la admiración del mundo entero!

A los tres meses de su primera entrevista con el señor

Trenfil salió Lucy Boucher de Inglaterra, con la esperanza renaciente en el corazón á medida que amenguaba su pena. Tenía justa confianza en los resultados de tres años de metódicos y bien dirigidos estudios para perfeccionar aquella gran voz suya. Por su parte, el señor Trenfil atendió á todo lo que podía conducir á la mayor comodidad y seguridad de su protegida en Milán, durante los tres años que iba á residir en aquella ciudad.

CAPÍTULO VI

Primer ataque.—Derrota

Estamos en primavera, á mediados de un mes de Abril delicioso. La Cámara de los Comunes estaba en sesión, pero el señor Bourchier no había ido á Londres desde Pascua. Por el momento no se discutían cuestiones candentes de partido; además, hacía algún tiempo que su salud estaba alterada y prefirió seguir el consejo de su médico: permanecer en la Casa Roja toda el tiempo posible.

No tenía enfermedad determinada, y sólo ante las repetidas instancias de su esposa consintió en consultar al médico. Se quejaba de no poder dormir tan bien como antes, teniendo que acudir algunas veces al empleo de narcóticos; se sentía nervioso, en una palabra, no tan bien como solía. Lo atribuía á la agitación y al trastorno que le habían producido los sucesos que conocemos; sin contar las molestias del proceso, pues cuando un hombre mata á otro en Inglaterra tiene que probar por qué lo hizo, á la completa satisfacción de quien puede y debe saberlo.

En la información judicial sobre el desconocido (porque nunca fué identificado, ni se le halló encima cosa alguna que indicase quién era ni de dónde venía) el jurado de instrucción, siguiendo las indicaciones del juez, dió un veredicto acusando de homicidio á Felipe Bourchier. Tra-

bajo costó obtenerlo del jurado, pues casi todos los que lo componían eran arrendatarios de aquel personaje; fué preciso decirles que el fallo estaba de perfecto acuerdo con los deseos de su arrendador, quien era el primero en desear una investigación completa del suceso. Por fin se consiguió aquel veredicto preliminar; no sin que algunos jurados pretendiesen paliarlo con el aditamento de que «sentían mucho causar aquel trastorno al señor Bourchier.»

Entonces compareció éste ante el tribunal superior y fué sometido á juicio y puesto en libertad bajo fianza; terminados aquellos trámites de pura fórmula, invitó á comer y se llevó á su casa á Lord Royal, uno de los magistrados que acababan de disponer su proceso. Este no se hizo esperar mucho; á la semana comenzó sus tareas el tribunal, y los jurados absolvieron á Bourchier de toda culpa, sin necesidad de deliberar y aun sin dejar sus asientos. El juez les dijo bien claro que jamás había visto un homicidio más justificable, pues era evidente que el acusado había dado muerte á su agresor para salvar su propia vida. Claro es que el juez reprobaba altamente la costumbre de usar armas; pero buena cuenta le había tenido el señor Bourchier, dijo, llevar consigo su revólver en aquel apurado trance. Todos los actos de la víctima demostraban la premeditación del ataque; el solo hecho de haberse introducido en el vagón del señor Bourchier debió haber puesto á éste en guardia, y apenas podía comprender como persona de tanta experiencia había dado crédito á la novela que le contó el intruso, y lo que es más, quedádose á solas con él. Los testimonios en su totalidad tendían á probar que el desconocido era un *hombre peligroso;* y en opinión del ilustrado juez, el hallazgo de algunas monedas de oro en los bolsillos del muerto indicaba que ni la necesidad ni la desesperación le impulsaban al crimen, sino que se trataba de un malvado que robaba siempre que se le presentaba ocasión propicia. La defensa no adujo pruebas de ninguna clase. El abogado de Bourchier pronunció

breves frases y repitió la versión del suceso hecha por su defendido. Se exhibió la navaja del pobre Juan Boucher y también la levita rasgada de su matador. Breve fué la causa, y el procesado quedó absuelto libremente.

El lacayo Guillermo declaró como un imbécil. Contestó á las preguntas que se le hicieron, pero como nadie pensó en interrogarle sobre aquella sangre que empapaba la manta del coche, no dijo una palabra de ello. Terminado todo, su amo le felicitó por la manera como había declarado; y era cosa tan rara que Bourchier alabase á un servidor suyo, que Guillermo lo tuvo á grande honra y aun se atrevió á esperar un aumento de sueldo; pero el amo le despidió algunas semanas después, alegando que no servía para el trabajo en las caballerizas. Convencióse Guillermo de que se le había tratado pésimamente, pero como era un muchacho formal, no tardó en hallar colocación mejor que la que había perdido, á gran distancia de la Casa Roja. Y cosa extraña, á pesar de haberlo despedido, Bourchier dió los mejores informes de él á su nuevo amo.

En definitiva, nada tenía de particular que, después de aquella serie de informaciones judiciales, interrogatorios, jurados y fallos se sintiera Felipe Bourchier irritado y fatigado. Eso era por lo menos lo que decían sus amigos.

Aunque la tarde era agradable, Bourchier no se sentía dispuesto á salir. Sentado en su biblioteca, leía con mediano interés una revista mensual, cuando se presentó su criado Bautista, anunciándole que un caballero deseaba verle, y le entregó un tarjeta en la que aparecía grabado el nombre «Daniel Bourchier.» Una orla de luto indicaba la pérdida de algún pariente cercano.

Otro hombre se hubiera sobresaltado ante la inesperada aparición de un visitante con nombre de tanta trascendencia para él. Bourchier tenía la costumbre de sacar rápidas conclusiones de todos los sucesos ó situaciones que le atañían, y la conclusión que entonces dedujo desde luego fué que se trataba de un engaño, de una impostura, pues Juan

Boucher le había dicho terminantemente que no tenía hijo varón. El impulso de hacer pedazos la tarjeta, arrojarlos al fuego y ordenar al visitante que se retirase, fué sólo momentáneo. Resolvió verle y oir la novela que debía de traer preparada; y sonrió sarcásticamente al pensar cuán pronto iba á demostrar al impostor la locura de hacerse pasar por un Bourchier. Y es que Felipe, después del descubrimiento de aquella carta de su finado tío á su esposa, no había dejado de averiguar qué personas componían la otra rama de la familia y había sabido que si Juan Boucher no dejaba hijos varones la rama terminaba en él. Y como tales hijos no existían, el pretendido Daniel resultaba por fuerza un impostor. Recobró toda su energía ante la perspectiva del próximo encuentro; y pensando en la facilidad con que iba á confundir al falso Daniel, tomó cómoda postura y ordenó que entrase el señor Bourchier.

Era éste, joven de unos veintiún años, vestido á la última moda de una manera intachable, hasta el punto de que su reluciente sombrero y lustrosísimo calzado parecían un tanto fuera de lugar en aquella casa campestre. Saludó cortésmente al señor Bourchier, quien le devolvió su saludo con frialdad y sin levantarse; y entonces, no sin curiosidad por parte de ambos, se encontraron sus miradas. Tras una corta pausa el recién llegado tomó la palabra, pero Bourchier le interrumpió diciendo:

—Usted dispense. ¿Tendría usted la bondad de tomar asiento? Aquí, donde pueda yo verle bien.

Daniel obedeció, sentándose junto á la mesa y de cara á la ventana. El señor Bourchier le miró con sonrisa entre cínica y burlona y con una expresión de compasiva superioridad capaz de exasperar y desconcertar al más pintado. Tales fueron sin duda los efectos producidos en el joven, quien pareció hallarse por demás violento bajo la fija mirada que clavaban en su rostro los azules ojos de Bourchier. Ruborizóse ligeramente y cambió de posición en su asiento. Sin duda no se sentía dispuesto á comenzar la

conversación en circunstancias tan desventajosas para él. Por fin el dueño de la casa apartó de él su mirada y fijándola en la tarjeta que tenía en la mano, leyó:

—El señor Bourchier, Daniel Bourchier. Daniel es uno de nuestros nombres de familia. ¿Tengo la honra de estar emparentado con usted?

El interpelado iba recobrando su presencia de ánimo. Habia ensayado aquella escena muchas veces, pero con un solo actor; ahora que la representaban dos, parecíale su papel harto más difícil.

—Temo, señor Bourchier, que se sorprenda usted cuando le diga el parentesco que existe entre los dos, contestó.

—Muy cierto, cualquier parentesco entre nosotros me causaría mucha sorpresa. Pero no el que usled va á decirme que existe.

—¿Quiere usted que le exponga el objeto que aquí me trae?—preguntó el joven que empezaba á encolerizarse.

—Hágalo usted, si cree que vale la pena. Pero sé exactamente lo que se propone usted decir: que es hijo de Juan Boucher y que éste es á su vez el dueño legítimo de mis bienes. Añadirá usted probablemente que ha nacido en los Estados Unidos, concluyó el señor Bourchier, que había notado cierto ligero acento, no del todo disimulado por el joven á pesar de sus esfuerzos,

—Pues le diré á usted algo más,—exclamó éste con teatral ademán.—Le diré que poseo todos los documentos necesarios para probar la legitimidad del nacimiento de mi abuelo. ¿Le importa y le conmueve á usted esto, señor Bourchier?

Ni lo más mínimo, á juzgar por las apariencias. El interpelado se encogió de hombros y contestó:

—Hemos oído decir eso mismo tantas veces, que ya estamos acostumbrados. Lo único que puedo manifestarle, antes de darle á usted los buenos días, es que me compla-

ce ver en próspera situación á un miembro de la rama ilegítima de mi familia.

Y hablando así, miraba de arriba abajo al elegante joven.

—Por ahora puedo permitirme vestir bien,—dijo Daniel;—y unos cuantos meses bastarán para ponerme en el lugar que usted ocupa hoy. Porque no dudo qué está usted enterado de la muerte de mi padre.

Bourchier se mostró á la altura de las circustancias.

—¿De veras? Pues lo siento. Su padre, por lo que he oído, era hombre demasiado discreto para malgastar su hacienda en pleitos inútiles. Sabía que había muerto su abuelo de usted, pero no su padre.

Hablaba con tanto aplomo y naturalidad, que su oyente quedó desconcertado por un momento, deplorando de todas veras el terreno desventajoso en que lo colocaban su juventud é inexperiencia. Sin embargo, tenía mejor juego que su adversario, porque conocía sus cartas, sin que éste lo sospechase siquiera. Aquel pensamiento le infundió valor.

—Sí,—dijo,—murió... hace poco tiempo. Yo soy ahora el dueño de la Casa Roja.

Bourchier saludó.

—Si lo desea usted,—continuó el joven,—le enseñaré los documentos que lo ponen fuera de duda.

—Es del todo innecesario, se lo aseguro á usted. Su palabra vale tanto como el contenido de esos papeles.

El otro no hizo caso de aquel sarcasmo, y continuó:

—Tengo en el bolsillo la certificación del matrimonio de mis abuelos y las de nacimiento y matrimonio de todos los otros miembros de mi familia, sin excluir la de mi propio nacimiento.

Felipe Bourchier dejó su asiento. Su sonrisa ya no era afable; á sus maneras corteses había reemplazado una expresión dura y severa.

—Para lo que á mí se me importa,—dijo,—lo mismo

puede usted llevar encima un cargamento de certificaciones. Pero como afirma usted que Juan Boucher ha muerto, son papeles mojados, porque yo tengo sabido, sin asomo de duda, que el padre que usted se atribuye no dejó hijo alguno vivo.

Y tocó el timbre. Su aire resuelto impresionó al joven.

—Señor Bourchier,—dijo seriamente,—está usted en un error. Permítame demostrarle...

—Ni una palabra, caballero. Si osa usted prolongar su impostura, irá á la cárcel por estafador. Retírese inmediatamente. Bautista,—dijo al criado que había entrado,—acompaña á este caballero.

—Despida usted á su criado, señor Bourchier, y escúcheme.

—Bautista, acompaña al señor como te he dicho, y cuida de que salga, no sólo de la casa, sino de los terrenos de la finca.

—Al hacer de mí un enemigo se arruina usted, señor Bourchier.

—Mira, ve á las caballerizas y tráete un par de mozos que se lleven á este individuo, si no se retira de buen grado.

El visitante prefirió marcharse tranquilamente. Al cerrarse la puerta á sus espaldas juró tomar dura venganza, pero no manifestó su despecho ante el criado, á quien deslizó en la mano una moneda de oro.

Felipe Bourchier se había conducido animosamente; pero cosa extraña, al volver á tomar su periódico se hizo la misma pregunta que en aquel momento se dirigía también el joven á quien había despedido con tan poca ceremonia.

—¿Qué sabe? fué lo que ambos se preguntaron.

Bourchier hubiera dado cualquier cosa por averiguar qué sabía el pretendiente acerca de la muerte de Juan Boucher, y ni siquiera podía imaginarse cómo estaba enterado de que había muerto. Y Jorge Manders, pues era

él, se preguntaba á su vez qué sabía su adversario de los asuntos de familia de su víctima. Si se hubiera manifestado sabedor de que el hijo de Juan Boucher había muerto en la infancia, Manders hubiera renunciado á continuar la partida, en cuanto á sus propias pretensiones se refería. Y en cambio, si Manders hubiese mostrado tener algún dato concreto sobre el lugar ó manera de la muerte de su supuesto padre, no hubiera estado Bourchier tan arrogante en su reto ni tan despreciativo en su despedida. Aquel primer encuentro dejó en ambos cierto grado de desconfianza en sus propias fuerzas; pero hasta entonces la victoria se inclinaba resueltamente á favor del dueño de Casa Roja.

Aquella escaramuza le hizo mucho bien. No temía que el supuesto Daniel lo atacase por medio de los tribunales. Era evidentemente un impostor; Juan Boucher había declarado de la manera más clara y precisa que no tenía hijos varones. Lo único que sentía era no haberle interrogado sobre los pormenores de la muerte de Juan y averiguar si sabía que éste y el malhechor á quien él había matado en el camino de Renton eran una sola persona.

Daniel Bourchier, ó mejor dicho, Jorge Manders, fué conducido hasta la verja de entrada. Aquel primer paso en su villana empresa se parecía mucho á un fracaso, lo suficiente para hacer creer á un novicio que la honradez era la mejor política; pero Jorge sabía en primer lugar cómo había muerto su supuesto padre; este era un triunfo de primer orden. Si fallaba esa jugada, allí estaba Lucy entre bastidores, ignorante de los derechos que le pertenecían. Y respecto de ella podía elegir entre dos caminos: ó informarla de todo, ó dejarla en la ignorancia á cambio de las sumas de dinero que pudiese obtener de Felipe Bourchier por su silencio. Pero lo esencial era favorecer ante todo sus propios intereses; con Lucy sólo debía contar como último recurso.

Dió un largo paseo, reflexionando sobre *lo* que más le

convenía hacer. Tomó el camino de Renton porque allí había dejado su equipaje; y cuando llegó á lo más alto del camino se sentó á descansar un rato antes de emprender la bajada. Poco le importaba la hora, pues iba á permanecer en Braley aquella noche.

Brillaba el sol; sentado Jorge al lado del camino, sin cuidarse de la humedad, no tardó en recortarse sobre la hierba, cubriéndose los ojos con el sombrero. A poco se quedó dormido. Habrían pasado unos veinte minutos cuando lo despertó un ligero tirón que sintió hacia el bolsillo del chaleco, é incorporándose notó que colgaba un extremo de la cadena de su reloj y vió á pocas varas de distancia á un hombre que huía á todo correr. Manders, joven y poco sufrido, siguió el impulso natural de perseguir al fugitivo. Por mucho que éste corriese, las vigorosas piernas de Jorge le permitieron ir ganando terreno, hasta que el presunto ladrón, echando una rápida mirada atrás y convenciéndose de la imposibilidad de escapar si seguía huyendo en línea recta, saltó de pronto en la maleza con la esperanza de esconderse y salvarse en ella. Manders le imitó, sin cuidarse de su traje. Dudoso le parecía el resultado de su carrera, pero en aquel momento, por desgracia para el perseguido, se le enredaron los pies en un matorral y cayó de bruces. Antes de que pudiera levantarse ya estaba Manders encima de él, y alegrándose de tener á mano alguien sobre quien descargar su ira, le dió de puñadas á su sabor. El caído recibió los golpes en silencio, limitándose á proteger la nuca y cuello con ambas manos. Su agresor, jadeante y con los puños cansados de golpear, suspendió por fin el vapuleo.

—Ahora levántate,—dijo dando á su víctima un puntapié final, y enséñame esa cara.

El aporreado, un robusto gañán con gorra de piel, se sentó en el suelo.

—¡Ea, basta ya!—dijo.—Quisiera saber qué derecho tiene usted para maltratar así á la gente.

Manders se echó á reir.

—¡Y me lo preguntas, bribón, después de haber querido robarme! ¡Arriba! Ya te explicarás ante el juez más próximo.

—¡Robarle! Eso lo dice usted porque le parece, pero no puede probarlo. Mi palabra vale tanto como la suya. Yo también entiendo de leyes, y sé que no puede usted mandarme á la cárcel con su propio testimonio; ni pensarlo.

—Pues de todos modos ¡arriba pronto! Nada se pierde con probar,—dijo Manders,—á quien divertían mucho los argumentos de su prisionero.

—Pero, hombre, si no va usted á sacar nada con eso,—continuó el truhán,—como no sea una porción de molestias. Y cuidado que yo tampoco me morderé la lengua para decir que me ha dado usted una lluvia de mojicones.

—Vente conmigo,—repitió Manders,—que en realidad sólo quería asustarlo. Veremos qué dirá mañana mi amigo el señor Bourchier.

Empleó este nombre porque sabía el terror que inspiraba á todos los bribones del país. Al oirlo el ratero aguzó el oído.

—¿Es amigo de usted?—preguntó.

Manders contestó afirmativamente.

—Pues bueno, lo que es el señor Bourchier no me pone á mí á la sombra.

—¿Por qué no, tunante?

—Porque no. Le diré dos palabritas aparte y mandará que me suelten.

En las maneras y en el tono de aquel hombre había algo que hizo latir apresuradamente el corazón de Manders.

—Vamos, quizás yo también te permita largarte. Pero antes dime lo mismo que le dirías al señor Bourchier.

—¿Y á usted qué le importa?

Manders reflexionó. ¿Cómo saber lo qué deseaba? También el desconocido parecía resolver un arduo problema allá en su obtuso cerebro.

—¿Es usted amigo del señor Bourchier?

—Ya he dicho que sí.

La esperanza renacía en Manders.

—Yo traté de hablar con el señor Bourchier, pero no quiso escucharme. Oiga usted; si quiere hacer un favor á su amigo, llévele un recado mío.

—Bien, hombre. Primero quisiste robarme y ahora me tomas por mensajero. No importa; oigamos de qué se trata.

—Dígale ueted que el hombre que encontró un paquete perdido por él hace algún tiempo, se lo devolverá á cambio de diez libras esterlinas. No, de veinte libras; ni un céntimo menos.

Manders, aunque violentamente agitado, supo dominar su emoción.

—¿Tanto vale el paquete ese?—preguntó con indiferencia.

—Puede que sí y puede que no; eso él lo sabe.

—¿Cómo te llamas? Porque tengo que decirle siquiera tu nombre.

—Me llamo Jaime Estoques y vivo en Renton.

—¿Y cómo te ganas la vida?—le preguntó Jorge por decir algo, mientras coordinaba un plan de acción.

—A veces con el sudor de mi frente, y otras veces como yo me sé.

—Bueno, pues ahora te largas y bien puedes decir que tienes suerte. Vuelvo á la Casa Roja y repetiré tus palabras al señor Bourchier. Si lo que le ofreces vale la pena, supongo que te mandará el dinero esta noche.

El cazador furtivo se levantó y salió del matorral. Manders le siguió despacio, cuidando de que Estoques no le observase para ver si volvía ó no á la finca. Después, seguro de que su enemigo se le había entregado inerme, fué

al mesón y dispuso que le sirvieran la mejor comida que Renton podía ofrecerle.

Al obscurecer se puso en busca de la casa de Estoques, la halló con algún trabajo, y á las ocho de la noche llamaba á la desvencijada puerta. Estoques abrió y Jorge entró en la casucha. Ardía en el hogar un fuego no muy vivo, y como aquella era la única luz, poco podía verse. Sobre una mesa inmediata al fuego se divisaba vagamente una botella, indicaado que Estoques no carecía de grato solaz en su aislamiento. No trató de impedir la entrada á Manders, pero sí gruñó, sin quitarse la pipa de la boca:

—¿Otra vez usted? Sepamos qué quiere ahora.

—Cierra la puerta y enciende una luz,—dijo Manders.

Estoques echó el cerrojo á la puerta. Rebuscando halló una vela que encendió y cuya luz reveló la suciedad de aquella sórdida vivienda.

—He visto al señor Bourchier,—dijo Manders,—y me ha rogado que venga á verte y arregle el asunto en su nombre.

—Pues yo esperaba que viniese él mismo, en lugar de mandar á otro,—refunfuñó Estoques malhumorado.

—Yo sirvo lo mismo para el caso.

—¿Trae usted el dinero?

—Traigo *algún* dinero,—contestó Manders con cautela. —Pero antes de dártelo tengo que preguntarte, porque me lo encargó el señor Bourchier, si se trata del bulto que debió caerse del carruaje la noche de su lucha con el ladrón.

Hizo Estoques una maliciosa mueca y clavó sus penetrantes ojuelos en su interlocutor.

—Corriente,—dijo;—es el paquete que se cayó del coche en el camino de Braley. El señor Bourchier lo reconocerá en seguida.

Manders le hubiera dado por el paquete el quíntuplo de lo que pedía, pues todos sus recursos los había destinado de antemano al buen éxito de su empresa, y el precio que pedía Estoques no era más que uno de tantos gastos con-

ducentes á aquel fin; pero nada se perdía con procurar obtenerlo lo más barato posible.

—¿Cuánto tengo qué darte? Veinte libras ni pensarlo, es absurdo.

Estoques dió un tremendo puñetazo en la mesa, y lanzando una blasfemia, gritó:

—He dicho veinte libras, ni un céntimo menos. Si las tiene usted ahí, vengan, y si no vaya usted á buscarlas si quiere que le entregue lo que hemos dicho.

Manders comprendió que no había regateo posible, y sacando cuatro billetes de cinco libras los echó sobre la mesa, cerca de la vela, teniendo la precaución de conservar la mano puesta encima. Los ojos de Estoques brillaron.

—Toma y daca,—dijo Manders.—Vé á buscar lo que me vendes.

Con la vista fija en los billetes, como temiendo que se evaporasen, dirigióse Estoques á un ángulo de su tugurio y sacó de un escondite el pequeño saco de mano que llevaba consigo Juan Boucher la noche de su muerte. Lo colocó delante de Manders, poniéndole las manos encima con tanta precaución como si se tratase de los billetes, los cuales se puso á examinar cuidadosamente apenas quedó hecho el cambio. Manders, no menos ansioso, se apresuró á abrir la maleta.

Había hecho bien en comprarla porque demostraba sin asomo de duda que el muerto era Juan Boucher. Sólo contenía objetos de uso personal, pero algunos de ellos bien conocidos de Manders. El cazador furtivo se guardó el dinero y le miró con curiosidad.

—Todo esto no parece valer gran cosa,—dijo Manders con fingido desdén.

—Valga ó no valga, maldita la gracia que le haría al señor Bourchier saber que usted anda huroneándolo así.

—Atiende á tus asuntos y no te metas en camisa de on-

ce varas,—exclamó Jorge.—Has vendido, he comprado y se acabó.

Aunque veinte libras le habían parecido á Estoques una cantidad fabulosa, ahora que ya las poseía se le figuraban mucho menos de lo que tenía derecho á recibir, y se apoderó de él la idea de que se había robado á sí mismo en aquella transacción.

—Sí, he vendido,—gruñó,—vendido como un imbécil por veinte libras. ¡Maldito sea!—continuó airado;—creo que hubiera podido pedir cuarenta ó cincuenta libras por esa fruslería.

Manders, que esperaba comprar todavía mucho más de lo que ya había obtenido, notó con placer aquella creciente codicia. Se echó á reir, pero sin negar que el vendedor había hecho un mal negocio. Estoques empezó á perder la cabeza. Hasta entonces se había conducido con gran cautela. Había guardado el secreto sobre su hallazgo y los graves sucesos que había presenciado, sin hablar de ello ni aun á sus compañeros de francachela. Había aguardado el día de la cosecha y acababa de recogerla: veinte libras. Y el grano quedó arreglado con tanta facilidad que le pareció que no había introducido la hoz bastante profundamente en la mies.

—Oiga usted, joven, - dijo con entonación tal que Manders aguzó el oído;—dígale usted á su amo que puede que tenga yo otras cosas que venderle, aunque no tan baratas.

Había llegado el momento de jugar á cartas vistas. A Jorge, joven y audaz, le halagaba la idea de dar un golpe atrevido á la vez que de cierto efecto teatral. Comenzó por sonreirse tranquilamente y dijo:

—El señor Bourchier no es mi amo, y por lo pronto hazte cuenta de que hasta la fecha nada le has vendido. Lo que tenías que vender te lo he comprado yo. Bourchier no sabe una palabra de todo esto.

Estoques soltó algunos tacos redondos y se volvió furioso hacia Jorge.

—¡Márchese usted de aquí! No sé quién es usted. Salga usted de mi casa ó acabaré por matarle.

—No, no harás nada de eso, tunante. Me iré cuando me convenga y cuando sepa todo lo que quiero saber. ¿Será necesario decirte quién soy?

Estoques declaró, que no le importaba tres pepinos el saber quién era el otro y que quería solo en su casa pero Manders le interrumpió, é irguiendose cuando se lo permitía su alta estatura, dijo con severo acento:

—Pues sabrás quien soy yo, imbécil. ¿Te figurabas que yo iba á comprar tus baratijas por gusto? Soy un policía secreto venido de Londres á investigar este asunto. Sé casi todo lo que quiero saber, y como tú no me expliques algunos puntos bien clarito, te vienes conmigo y duermes esta noche en la cárcel de Lomer y cuando te saquen de allí será para ahorcarte. ¿Entiendes? Con que ahora, explícate.

Estoques no chistó. Las fuerzas le faltaron y con temblorosos labios se desplomó en su asiento.

—¿Qué tienes que decir? gritó Manders, asiéndole un hombro y sacudiéndolo bruscamente,

—Yo no fuí, como hay Dios, balbuceó el pobrete. Yo no me moví del ribazo. Lo único que hice fué coger del suelo la maleta.

—Escucha, dijo Manders; esta es tu única oportunidad. Dime cuanto sepas, sin ocultarme una sola cosa, porque si lo hacer lo sabré. Eo quiero ser duro contigo, fi si me dices la verdad entera y exacta te ganas otras veinte libras. De lo contrario, á la cárcel de Lomer y lo que vendrá después.

—Déjeme usted pensar un poco, contestó.

Lo de las veinte libras no cayó en saco roto. Decididamente mejoraba la situación. Manders sacó su reloj.

—Te concedo cinco minutos. Si entonces no me lo cuentas todo, te pongo las esposas y duermes en Lomer.

El cazador inició sus meditaciones dando un prolonga-

do tiento á la botella. Después, tirándose de las greñas, procuró hallar la mejor salida posible de aquel atolladero.

—Habla,—exclamó Manders.

—Digo, ¿pagará usted como lo ofrece, si canto de plano?

—A toca teja. A mí nada me cuesta. Mira, aquí está el dinero; y agitó los billetes ante su vista.

—Bueno, pues entonces diré cuanto sé.

—Corriente. Busca otra vela y empieza.

Estoques obedeció. Sacó otra vela, que encendió en el cabo de la anterior y después de tomar un buen trago empezó su relato, escuchado con toda la gravedad del caso por el supuesto agente de policía.

Manders se hizo repetir una y otra vez la historia del crimen. Interrogó al narrador sobre todos los detalles posibles, hasta quedar convencido de que decía la verdad y de que aquello que le contaba era todo lo que sabía. Grabó en su memoria todos los incidentes: hora, lugar, palabras pronunciadas y sucesos ocurridos. Fué minucioso y exigente al enterarse del orden en que ejecutó el señor Boucher cada uno de sus actos, después de la caída del desconocido del carruaje al camino. Lo que es por él hubiera seguido en compañía de Estoques hasta el amanecer, averiguando todos los los detalles obtenibles; pero ya fuese debido al inusitado esfuerzo que imponían á su cerebro las preguntas de Manders, ya á sus frecuentes consultas con la botella, lo cierto es que llegó un momento en que el narrador quedó completamente atolondrado y Manders comprendió que de nada podría servirle ya. Entonces se levantó y pagándole el dinero tan fácilmente ganado, le pijo con el mismo tono severo de antes:

—Oye bien lo que te digo. Vas á estarte muy tranquilo y muy callado, sin decir una palabra de todo esto á nadie, sea quién sea, hasta que yo te haga llamar. Todavía puedes ganar más dinero si sabes refrenar la lengua.

Estoques prometió obediencia dió á Manders las buenas noches y no le escaseó las gracias, pues en definitiva la entrevista había sido muy provechosa para él.

No estará de más decir aquí que la posesión de cuarenta libras esterlinas sólo significaba para Estoques la posibilidad de comprar y beberse una gran cantidad de aguardiente. A la mañana siguiente cerró su chzoa y yéndose á Barton se dedicó con ahinco á gozar de su fortuna á su manera. No tardó en descubrir una aguardiente más fuerte que los conocidos, que le supo á gloria; y cuando hubo consumido un número de botellas equivalente á treinta soberanos, empezó á ver tantas y tan horrendas visiones que la vida se le convistió en carga pesadísima, hasta que en su delirio se arrojó desde la ventana de un cuarto piso á la calle y allí acabó su historia. Los vecinos de Renton que le conocían nunca supieron aquel tráguico fin, ni lo echaron de menos ni preguntaron por él.

Manders regresó á pie á su alojamiento, felicitándose por su astucía. Dijo en la posada que lo habían demorado y que no sólo tenía que pasar aquella noche en Renton sino también probablemente algún tiempo más. Ordenó que al amanecer fuese un mozo á Braley á buscar su maleta y después se entregó al descansó, tan satisfecho como un general que, si bien derrotado en un combate reciente, logra concentrar tales refuerzos y combinar movimienios estratégicos tan irresistibles, que le garantizan una victoria completa para la batalla del día siguiente, sin más punto dudoso que la cantidad de botln que ha de constituir el premio del vencedor.

CAPÍTULO VII

Nuevo Ataque—Victoria

Felipe Bourchier estaba acabando su tardío almuerzo. Ultimamente no se presentaba en el comedor hasta mu-